

# Lo telúrico en la poesía de Arturo Echeverría

Arturo Echeverría publica en 1963 su Poema FUEGO Y TIERRA (Ediciones L'Atelier, San José, Costa Rica). Conquista ese año el Premio Aquileo de Poesía, que otorga anualmente el Gobierno costarricense. El Poema tiene dos partes: Primera, **Tríptico de la ceniza, el agua y el polvo**; Segunda, **La tierra entre el agua y el fuego**. Los epígrafos que el autor ha colocado al principio de cada una de las dos partes señalan bien la ruta del poema. El tríptico se abre con el verso que sirve a T. S. Eliot para iniciar su East Cocker de los Cuatro Cuartetos: "En mi principio está mi fin". La segunda parte lleva los dos versos de Darío:

"A veces me parece que el camino es  
[muy largo,  
a veces que es muy corto".

Estos dos motivos se enlazan poéticamente al través de los 1.049 versos de que consta el poema.<sup>1</sup>

EL TRIPTICO.— La primera Estancia del Tríptico se titula ACTITUD. En afecto, el poeta va a situar su presencia en el cosmos: **Estoy en mí mismo.**<sup>2</sup> **Existo bajo la lluvia y el cielo.**<sup>3</sup> Ese estar en sí y existía entre las cosas, fijan la actitud, la posición del poeta en el paisaje cósmico: el mismo principio y fin de lo terrestre es mi principio y mi fin.<sup>4</sup> **Estoy, existo.** El poeta ha comenzado el canto con las palabras más significativas del presente. Las más cargadas de conciencia. "Mi" conciencia de estar y de existir, se abre a la sima de la muerte. En la vida está la muerte. En mi principio está mi término, mi fin. El mundo está en constante movimiento. El poeta siente hasta el movimiento que hay en el lento formarse de las espirales del caracol. Todo cambia, permanece, muere y renace; todo es fin, que también es principio. Hasta la misma poesía.<sup>5</sup> Una gran zona de la poesía de hoy es esta de los que buscan alguna forma de regreso a las madres elementales del ser, del existir: la tierra, el agua, el fuego, para intentar una explicación del existir del hombre. Pero, indeciblemente, la visión de lo humano telúrico se cruza con la visión de la muerte, el polvo, la ceniza. La conciencia del hombre se vuelve trágica conciencia de ese movimiento dialéctico entre la vida y muerte, entre lo que es pasajero y lo que es permanente, entre el camino sin fin y el reposo necesario. Explicar poéticamente la existencia, nuestra personal existencia, y justificarla también. Los poemas se llenan de congoja, de angustia, pero también de un acendrado tono de reflexión afectiva sobre nuestro destino, sobre el mundo, sobre la vida y la muerte. Se diría que pronto los poetas saldrán por los caminos del orbe a explicarse y a justificar el mundo, como hicieron hace muchos siglos los filósofos presocráticos, que eran también filósofos poetas, o poetas filósofos.

Así es. La imagen del fin, del acabarse, de la muerte, está presente delante de esta.

Deleznable criatura  
que mira bajo el tiempo  
deshacerse la esperanza,  
y en la roca,  
la gota horadante del agua.

Pero también está la imagen de la muerte en la vida de todos los días.<sup>6</sup>

Vida es el título de la segunda Estancia del Tríptico. Vida, mar, agua, es la imagen motival ahora.<sup>7</sup> El lírico se ha puesto a buscar en el cosmos una imagen que le muestre el principio, la vida, pues es evidente que en su derredor sólo ve el acabarse de todo. El mar tiene aquella naturaleza de principio en eterna renovación. Es buena imagen de la vida, de lo que constantemente muere y renace. Pero nótese el "aún" significativo que es como el hueso duro de este verso:

En el mar aún está la vida que es principio

En efecto, esta visión de vida se vuelca en muerte de pronto, al volver el poeta hacia sí mismo.<sup>8</sup> Aunque el hombre retiene en su gesto aún algo de esa profunda vida cósmica, lleva consigo la muerte.<sup>9</sup> Ahora bien, cuál es la profunda raíz de esta desesperanza? La muerte está lo mismo en mí que en derredor. El poeta alude lo mismo a su muerte personal<sup>10</sup> que a la muerte cósmica.<sup>11</sup> Pero la sola presencia de la muerte no es razón ni es la raíz de su desesperanza. En la tercera estancia del tríptico, que se titula TERMINO, hacemos el hallazgo de esa razón y raíz. En efecto, el poeta, el hombre, no sólo vive en un "aquí", y "en, entre" las cosas. Vive en un tiempo ineludible, en un "ahora" que es este terrible tiempo en que vivimos. Por esto, vuelto de su contemplación y búsqueda, donde ha encontrado que el principio y el fin se condicionan como los dos arcos idénticos de un círculo, vuelca su atención sobre este ahora nuestro. Y aquí encuentra cerniéndose la muerte sobre la vida, para destruir todo vestigio, para aniquilarla en el cosmos.<sup>12</sup> Es el átomo. Es la bomba de Hiroshima. La blanca paloma de la Paz también lleva la muerte consigo.<sup>13</sup> Hay una horrible, trágica contradicción en la hora presente:

Ahora el hidrógeno y la paz

Hasta el mar que es vida, ha sido envenenado.<sup>14</sup> Y la muerte acechando, rondando, agazapada en alguna parte.<sup>15</sup> Y También la muerte moral.<sup>16</sup> espiritual. Los vínculos finales del tríptico expresan el juego de imágenes y sentimientos que se establece en el poema arrebatado por la visión de la muerte que viene con la guerra, con el arma desoladora de la bomba atómica, en contraste con el sentimiento de esta otra muer-

te, que es término y principio, digamos la muerte natural, justa.<sup>17</sup> Esta es una muerte como la del fuego encendido, como la del día.<sup>18</sup> En el juego de contrastes que ahora domina el movimiento del poema, se da la visión apocalíptica del paisaje trastornado por la bomba atómica,<sup>19</sup> mientras en poéticas consejas, el autor nos comunica al fin cómo el sueño debe ser un despertar bajo el ojo de Dios, y la muerte un normal fruto de la vida, y la eternidad una jornada infinita, un camino, y la muerte con esto, el fruto de la eternidad. Eso sí, insobornable, frente a la muerte atómica, pone la visión de la espiga y el forjón encendido, y el agua para la sed y el poeta canta su deber de optimismo, su deber de fe en el valor de la justicia.<sup>20</sup> En 1964 ha publicado Echeverría su Himno a la Esperanza, cuyas primeras notas están ya aquí, en los versos 278 a 283 de su tríptico. Los versículos con que se cierra el tríptico expresan en un ritmo que primero es el entrecortado de la desolación y luego se queda remansado en acabamiento dulce, el sentimiento final del poema.<sup>21</sup>

La segunda parte del poema —LA TIERRA ENTRE EL AGUA Y EL FUEGO— es una intensa invitación a la soledad creadora en medio del mundo elemental del agua, la tierra y el fuego. Es una proclama lírica por la vuelta del hombre a lo telúrico, en donde halle de nuevo el sentido de la humanidad perdida, un valor puro de simplicidad y de humilde recato del espíritu.<sup>22</sup> Canción del alma liberada del miedo de la muerte, himno de la soledad abierta al mundo, a la vida creadora, a los nombres de buena voluntad.<sup>23</sup>

La estructura de esta Segunda Parte está integrada por cinco largas estancias. Sólo la primera, 206 renglones, lleva título: **Presencia.** Las demás sólo se advierten tipográficamente por una hermosa mayúscula inicial. La Estancia titulada Presencia, se abre con el elogio de la tierra, el agua y el fuego, como una sola unidad. En las siguientes, se desenvuelven los temas del agua, el fuego, el árbol y la lluvia, sucesivamente. Están presentes todos los elementos telúricos.<sup>24</sup> Sigue ahora también resonando el motivo inicial "**en mi principio está mi fin**".<sup>25</sup> La página final vuelve al motivo de la muerte. Esta estancia se da en un momento anímico concreto: "**Estoy esperando la lluvia**" (II, 618) empieza, y la lluvia llega luego, y se insala sobre el paisaje, y en la penumbra, una cierta melancolía invade al poeta: "**¿Qué es lo que busco esta tarde/lluviosa?**" (II, 705-6). Y vuelve a preguntarse:

¿Qué es lo que quiere mi angustia?  
Como la lluvia penetrante y fría,  
está el hueco del alma, en la flor de la sangre,  
en la hiedra de los días, en las horas y los años.  
(II, 713-716)

Hay un cierto desgano de pensar la respuesta, y además, ¿Es que hay alguna respuesta?. No. "**No quiero saber nada/. Nada que lastime mi vida o tu vida.** Pero es buena la angustia. Ella nos hace libres. Por esto, no llega a haber vacío desgarrador, ni desolación atroz en este meditar tranquilo mientras la lluvia cubre el universo.

Sólo la angustia tiene la respuesta  
hasta la muerte propia y tranquila que  
[nos guía,  
que es nuestra eterna compañera.

Y es que a ningún sentimiento somos tan leales quizá como a nuestro personal sentimiento de la muerte. Esta muerte propia y tranquila, que es la que da respuesta a la inquietud tranquila del poeta, como un fuego que se apaga, como una fuente que se pierde entre los árboles, esa presencia de la muerte, es el sentimiento soterrado a lo largo del poema **Fuego y Tierra**:

La muerte siempre esperando  
como fruto maduro, caído,  
a la sombra del árbol generoso y solo.

\* \* \*

Costa Rica es un país de suaves colinas verdiazules. La vida ahí es aún lenta, rural, signada por la sabiduría de los viejos unidos a la tierra. Es un país de lluvias que caen con violencia de aguas tropicales frescas, no heladas. Y el agua abre de súbito grandes canchilones sonoros, y torrentes descendiendo por todas partes. Los árboles tiene grandeza de gigantes. Sobre el verde perenne se alza el humo de los hogares, humo azul en el cielo azul, que es como un inmenso vitral para el éxtasis de las pequeñas viviendas, también vestidas de blanco y azul en medio de la campiña. Y de lejos trae el viento un profundo sonido de ríos pedregosos. Y una tan clara luz se extiende sobre todo, tan misteriosamente dorada y transparente, como si fuese la del primer día de la creación.

Si Echeverría trata de interpretar el "ahora" angustioso del mundo, cierto que lo hace desde ese "aquí" geográfico que es este pequeño país americano, y desde una tradición moral y lírica particular, que luego le hace concebir lo telúrico como una cósmica presencia amable, humana, luminosa, sonriente. Es su tierra en su poesía. En su poesía, en su tierra, a la que el poeta ama sobre todas las cosas: ahí su principio, ahí su fin. Y su camino.

Santiago de Chile, 1965.

ISAAC FELIPE AZOFEIFA

Tomado de Integración Año II N° 1. Revista Cultural de la Odeca